

## CAPÍTULO 19

### AURORAS

Pocos días más tarde, partí con el grupo del profesor Reid a visitar otros grandes glaciares que también descienden hasta la bahía, y así comprobar cómo han cambiado desde octubre de 1879, cuando los visité y dibujé por primera vez. Nos encontramos la mitad superior de la bahía casi completamente obstruida por icebergs, lo que hacía difícilísimo abrirse paso por ella. Tras avanzar penosamente unos kilómetros por su lado este, arrastramos el bote ballenero y la canoa por unas rocas, hasta llegar a un hermoso prado, donde acampamos cómodamente.

Pasamos el día siguiente eligiendo con mucho cuidado el camino para cruzar hasta el lado oeste de la bahía. Como las provisiones, anormalmente escasas, estaban a punto de agotarse, y la acumulación de icebergs hacia el norte parecía impenetrable, el grupo decidió regresar al campamento principal dando un rodeo por el suroeste, a través de aguas relativamente despejadas, mientras que yo, con la canoa y unas sobras de comida, continué hacia el norte. Tras una pelea dura y desvelada, alcancé la boca del fiordo Hugh Miller a la puesta de sol, y traté de encontrar un lugar para acampar en su escarpada orilla, llena de bloques de piedra, pero no hallé ningún sitio al que poder subir la canoa por encima de la marca de la marea alta, y tras costear un par de kilómetros, y en vista de que caía la noche, decidí atravesar la boca del fiordo bajo la luz de las estrellas, hasta una playita en la que había acampado en octubre de 1879, a unos cinco o seis kilómetros.

Con todo el cuidado del mundo, remé entre los chispeantes icebergs y, al cabo de una o dos horas de nervios y esfuerzos, cuando estaba tal vez a mitad de la travesía y temía perder la frágil canoa, lo que me incluiría a mí también, llegué hasta un grupo de icebergs muy grandes que se erguían amenazantes y me cerraban el paso. Remando y empujando la canoa a derecha e izquierda, al fin descubrí, entre dos paredes a plomo, un pasillo de poco más de un metro de anchura y unos sesenta

metros de largo, formado, aparentemente, por la rotura de un iceberg enorme. Dudé de si adentrarme en él, por miedo a que el más mínimo cambio en la corriente de la marea pudiera cerrarlo, pero acabé por aventurarme, pues no creía que los peligros que me esperaran fueran mayores que los que ya había superado. Cuando llevaba un tercio del trayecto cubierto, descubrí que aquel desfiladero se iba estrechando y, con toda la prisa que pude, comencé a recular. Justo cuando la proa de la canoa salía de entre las paredes, éstas se juntaron con un fuerte crujido. Aterrorizado, me di la vuelta, y en otro par de horas angustiosas gané la orilla rocosa en la que antes no había podido atracar, decidido a permanecer de guardia toda la noche en la canoa, o encontrar algún sitio en el que, con las fuerzas que se sacan cuando la vida corre peligro, pudiera subir la canoa hasta quedar lejos del peligro del hielo. Eso lo logré, por fin, alrededor de medianoche. Cuando ya pensaba quedarme sin dormir, poder acostarme me supuso un alivio.

Mi cama consistía en dos piedras, y doblado y encajado entre ellas, trataba de olvidarme del frío. Estaba contemplando el cielo estrellado, y cómo centelleaba la bahía, cuando aparecieron de pronto unas soberbias bandas verticales de luz multicolor, como si ésta se descompusiera al pasar por un prisma. Las bandas desfilaron rápidamente de oeste a este, como si tuvieran prisa, a lo largo del horizonte septentrional. Esa aurora era completamente diferente a cualquiera de las que había visto antes. Hace mucho tiempo, en Wisconsin, vi tapizarse el cielo con nubes moradas de aurora de preciosos pliegos y contornos, pero en esta luz tan gloriosa, pura, brillante y que se movía de manera tan viva, no había rastro alguno de nubes. Las cortas bandas de color, de unos dos grados de altura, si bien se fundían entre sí, parecían tan nítidamente definidas como las del espectro solar.

No sabría decir cuánto duró el desfile de aquellos ardientes soldados de luz, pues perdí por completo la noción del tiempo mientras la bendita noche giraba en un torbellino de alegría inconmensurable.

A primera hora de la mañana, tras una noche tan emocionante, eché mi canoa al agua sintiéndome capaz de cualquier cosa. Atravesé la boca del fiordo Hugh Miller y me abrí paso durante cinco o seis kilómetros a lo largo de la orilla de la bahía, con la esperanza de alcanzar el glaciar Gran Pacific, en frente del monte Fairweather. Pero cuanto más avanzaba, la masa de hielo, en lugar de irse abriendo, se cerraba, hasta el punto de que en algunos lugares de la orilla los icebergs, al derivar hacia el sur con la marea, se empujaban unos a otros hasta salir del agua por encima

de la línea de la marea alta. Así pues, no podía seguir hacia el norte, y tuve que pelear para regresar a mi cabaña, esperando que mi buena suerte con las mareas me permitiera alcanzarla antes de que oscureciera. Pero cuando se ponía el sol, aún no había cubierto ni la mitad del camino. Por eso, aunque tenía mucha hambre, me alegré de poder atracar en una islita rocosa con una playa suave para la canoa y una mata de arbustos de aliso para hacer fuego y dormir un poco. Sin embargo, poco después de que el sol se hubiera ocultado por completo, y mientras preparaba el fuego y mi lecho, ¡apareció otra aurora! Si bien ésta era más sencilla y casi no tenía colorido, proyectaba lanzas de luz palpitante hacia el cenit desde una base oscura, como de nubes. Después de lo visto la noche anterior, uno podía esperar cualquier extravagancia, y me quedé despierto toda la noche, contemplando el cielo.

La tercera noche llegué hasta mi cabaña y el profesor Reid y su grupo se acercaron para comentar los resultados de nuestras excursiones. En el preciso instante en el que el último visitante abría la puerta tras darme las buenas noches, gritó:

—¡Muir, venga a ver esto! ¡Es precioso!

Salí corriendo emocionado y se trataba, efectivamente, de otra aurora, tan insólita y bella como la del desfile de columnas de colores de arco iris del primer día. Un arco de plata resplandeciente se extendía sobre la ensenada Muir justo bajo el cenit, o poco más al sur, y sus extremos descansaban en las laderas de las montañas. Aunque no tenía colores y permanecía fija, su intenso, sólido y blanco esplendor, sus nobles proporciones y la pureza de su aspecto, merecían una admiración sin límites. En forma y proporción era como un arco iris, un puente de un solo ojo y ocho kilómetros de ancho, y tan brillante, hermoso, sólido y homogéneo que imagino que haría falta juntar todas las estrellas en un montón, fundirlas y verterlas en un molde celestial para formar un puente tan brillante como aquel.

Cuando mi último visitante se fue a acostar, me tumbé en la morrena, en frente de la cabaña, y me quedé observando el cielo. Hora tras hora, ese hermoso arco permaneció inmóvil, nítidamente dibujado y con aspecto de formar ya parte del firmamento. Al final, cuando aún abarcaba la ensenada con un esplendor sereno e inmutable, apareció de pronto una banda de tirabuzones temblorosos de color gris pálido. Iban surgiendo en hilera por encima de la cumbre de la montaña más oriental, y se deslizaron deprisa, como nerviosos, bajo el arco y sobre la ladera oeste de la montaña. Esta hilera tenía una longitud aproximada de una vez y media el

diámetro aparente del arco, y se mantuvo vertical en todo su recorrido, avanzando como si se tratara de una cortina suspendida de anillas. De haber atravesado el fiordo por encima del arco en lugar de colarse por debajo del mismo, estas entusiastas hadas boreales bien podían haber sido confundidas con un alegre grupo de espíritus viajeros que utilizaban el espléndido arco como si fuera un puente. Debían de ser cientos de miles, pues el tiempo que empleó cada uno en cruzar de un extremo a otro del puente parecía sólo un minuto o menos, y al menos pasó una hora desde que apareció el primero hasta que el último desapareció tras la montaña del oeste. Dejaron el arco tan brillante, sólido e inmóvil como lo estaba antes de su llegada. Pero más tarde, media hora o así después, éste empezó a desvanecerse. Unas grietas o fisuras lo cruzaron en diagonal, y a través de ellas se veía alguna estrella. Poco a poco se volvió fino y nebuloso. Parecía la Vía Láctea, y acabó desapareciendo sin dejar marca alguna que señalara el lugar en el que estuvo.

Regresé a mi cabaña, eché más leña al fuego, me calenté y me dispuse a acostarme, aunque estaba demasiado emocionado para irme a dormir. Justo cuando me iba a retirar, pensé que más me valía echar otro vistazo al cielo, para comprobar que aquel glorioso espectáculo había acabado. Y, en contra de cualquier expectativa razonable, descubrí que estaba empezando a formarse la base pálida de otro arco igual al anterior, justo en mi vertical. Descartando por completo irme a dormir, entré corriendo en la cabaña, saqué unas mantas y me tumbé en la morrena a montar guardia hasta el amanecer, para no perderme ninguna de las maravillas celestes que esa noche pudiera ofrecer.

El primer arco lo había visto cuando ya estaba completamente formado, pero ahora iba a ser testigo de la formación de uno nuevo desde el principio. El material plateado tardó tal vez menos de media hora en reunirse, condensarse y fundirse en un arco brillante y proporcionado, igual que el primero y en la misma parte del cielo. Luego, a su debido tiempo, apareció por el este otra oleada de impacientes hadas eléctricas, cuyos mantos gris pálido apenas si rozaban el de sus vecinas a medida que se colaban veloces bajo el puente y pasaban tras la montaña del oeste como el alegre grupo que siguió ese mismo camino antes que ellas. Avanzaban con paso tembloroso, al ritmo de una música demasiado sutil para el oído de los mortales.

Mientras la jovial cuadrilla se deslizaba veloz, observé el puente, por si su tránsito lo cambiaba en algo, pero no pude detectar lo más mínimo. No dejaban estela visible, y cuando todas hubieron pasado bajo él, el

luminoso arco siguió firme y aparentemente inmutable. Sin embargo, acabó desvaneciéndose lentamente, igual que su glorioso predecesor.

A excepción de la gran aurora violeta que describí antes, y que al parecer fue visible en casi todo el continente, estos dos arcos de plata de suprema, serena y celestial belleza sobrepasaron cualquier aurora que haya contemplado jamás.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS EN LENGUA CHINOOK

<i>Boston</i>	Inglés
<i>Chuck</i>	Agua, arroyo
<i>Delait</i>	Muy, o muy bueno
<i>Friday</i>	Lado de la orilla
<i>Hi yu</i>	Gran cantidad de algo
<i>Hootchenoo</i>	Licor destilado por los nativos
<i>Hyas</i>	Grande, muy
<i>Klosb</i>	Dios
<i>Kumtux</i>	Saber, comprender
<i>Mika</i>	Tú, tuyo
<i>Muck-a-muck</i>	Comida
<i>Poogh</i>	Disparo, disparar
<i>Sagh-a-ya</i>	¿Cómo estás?
<i>Skookum</i>	Fuerte
<i>Skookum-house</i>	Cárcel
<i>Tillicum</i>	Amigo
<i>Tola</i>	Dirigir
<i>Tucktay</i>	Lado del mar
<i>Tumtum</i>	Mente, corazón
<i>Wawa</i>	Habla, hablar